

riales de todos los gobiernos posibles, en todas las situaciones tienen amigos que les convidan diariamente y que además les dan algunas credenciales ó les despachan algunos expedientes con más prontitud de la que generalmente se acostumbra y con ménos equidad de la que la moral deseara; porque los *vividores*, segun ellos mismos confiesan, siempre tienen parientes que colocar y amigos á quienes servir en el despacho de expedientes de cierto género.

Otros *vividores de café*, más modestos, se conforman con ejercer lo que pudiera llamarse *mendicidad ilustrada*: son unos pobres de levita que tienen horror invencible al trabajo y que se llaman *hombres de partido* por haber sido escribientes en la administracion de un periódico político que murió por falta de suscritores.

El que haya saludado siquiera una vez á uno de estos tipos y despues lo encuentre en el café, tenga por sabido que habrá de convidarlo irremisiblemente. Convidarlo, ó cometer una gran descortesía. ¿Cómo es posible dejar de decir á una persona que se acerca á nuestra mesa: «Usted gusta?» Él no necesita más. Si Vd. llega hasta el extremo de no cumplir este precepto de urbanidad, él buscará otro medio y Vd. le convidará forzosamente de buena ó de mala gana. A estos *vividores*, nunca hay necesidad de pre-

guntarles qué van á tomar: ya se sabe que piden un café con media tostada de *abajo*. No es fácil calcular cuántas medias tostadas de *abajo* toman al día.—¿Qué demontre harán los dueños de cafés con las medias tostadas de *arriba* que deben sobrar en cantidad considerable?

Como estos *vividores* pasan la mayor parte del día y de la noche en el café, no se ocupan en nada útil para ganar su subsistencia. Y como la media tostada, aún *repetida* no llena todas sus necesidades, tienen que apelar, y apelan á la munificencia de sus conocidos, amigos ó protectores. Así, pues, el que cree haber salido del paso convidándole, se equivoca: cuando más descuidado se halla, ve que el *vividor* se le acerca cautelosamente y le atiza un *sablazo* de un duro, ó medio, ó un par de pesetas y á veces una.—Se dan casos.

Concurren además al café, otros muchos *vividores* en cuyo exámen no creo oportuno entrar ahora porque, bosquejados los más importantes de la *clase*, es posible que los otros aparecieran vulgares y pálidos.

Como en todos los partidos hay un número considerable de *vividores*, hé aquí por qué dije al comenzar que la *agrupacion* ejerce grande influencia en los destinos del país.—Las consideraciones que en presencia de estos ligeros boce-

tos surjan de un criterio sano, habrán de ser desconsoladoras, y á las veces obligarán al lector á exclamar con el poeta:

«Marqués mio, no te asombre
»ria y llore cuando veo
»tantos hombres sin empleo,
»tantos empleos sin hombre.»

II.

LOS VIVIDORES AMBULANTES.

Retratados, aunque imperfectamente, en el primer capítulo los *vividores de café*, habré de bosquejar ahora los *vividores ambulantes*, cuya importancia y categoría, dentro de la profesión, son superiores á todo encomio, y sobre cuyos ligeros bocetos llamo muy especialmente la atención de los lectores de provincias que vengan ó piensen venir á Madrid alguna vez. Y digo esto, porque rara vez los individuos mencionados ejercen su industria con los cortesanos ni con las personas que aquí residen de antiguo, no por cariño ni falta de voluntad, sino sencillamente porque tales personas no se dejan engañar así como quiera; lo cual no prueba, ni con mucho, que los habitantes de Madrid sean más avisados que los

de las provincias, sino que, y esto es lógico, conocen la capital de España mejor que los forasteros que á ella vienen por vez primera; son naturalmente recelosos (perdiendo se aprende á jugar), y no están dotados de la sana sencillez que forma el carácter distintivo de los naturales de las pequeñas poblaciones.—No hay que echar á mala parte la sustancia de este exordio.—

La *profesion* de vividor ambulante tiene gran incentivo para aquellas personas que abrazan la carrera del crimen con verdadera vocacion y llevadas de su ódio instintivo al trabajo y á la sociedad; á ésta porque no quiere aceptar sus deformidades morales, y á aquél porque no cabe dentro de sus vicios. Dicha *profesion*, á más de proporcionarles una vida cómoda y regalada—desde su punto de vista,—les abre el camino de la gloria, y la trompeta de la fama lleva de uno al otro confin de la tierra el estruendo de sus hazañas inmortales. Y quien dice la trompeta de la fama, dice un periódico noticiero que, con una frecuencia bajo cierto sentido aterradora, publica párrafos como los signientes:

«El Sr. D. N. N. ruega por nuestro conducto á sus numerosos amigos no entreguen dinero á ninguna persona que lo pida en su nombre, aunque presente tarjeta suya, mientras no vean la firma de dicho señor, quien ha averiguado que

se abusa de su nombre para estafar al público. Llamamos la atención de la autoridad sobre tan incalificable abuso.»

—Hoy al oscurecer ha sido robado un forastero detrás de los Campos Elíseos. Fué conducido allí por unos rateros que, fingiéndose personas decentes, le hicieron creer que en tal sitio existía un tesoro escondido, del cual le darian parte. El juzgado correspondiente entiende ya en el asunto. Los criminales no han sido habidos.»

Estos sueltitos y otros muy parecidos en la forma, siempre iguales en el fondo, se leen en los periódicos de Madrid con frecuencia aterradora, haciendo la más brillante apología de esos obreros del vicio que se llaman vividores ambulantes. Las autoridades, como todos los días tendrá ocasión de saber el lector, siguen la pista constantemente á los rateros; pero éstos rara vez son habidos. ¡Váyase lo uno por lo otro! Si no siempre los encuentran, al ménos tenemos el gusto de saber que los buscan.

Como de las sucintas y descarnadas noticias que de estos hechos llegan al público pudiera deducirse que las personas estafadas ó robadas son tontas de remate, por caer en lazos al parecer burdamente preparados, creo cumplir un deber de humanidad volviendo por el *honor intelectual*

de las víctimas, cuya defensa está contenida en la travesura, en el ingenio, en la habilidad, en la notoria *ilustracion* de los vividores ambulantes, y sobre todo en su organizacion poderosa. Por ejemplo, parece increíble que cuando un vividor acomete á un transeunte y le abraza, le dá la mano, le llama por su nombre y dice que es su amigo, el transeunte le crea sin haberle visto nunca; pues no es imposible, ántes, al contrario, es natural. El acometido advierte que el acometedor le llama por su nombre y apellido, que le habla de su familia, de su país, de sus negocios, de todo lo que le atañe; observa que todo lo que le dice es verdad, y piensa para su capote: «Indudablemente este hombre me conoce, y yo debo de conocerlo, sólo que ahora no me acuerdo á punto fijo... ¡Qué memoria la mia!» Inmediatamente despues, y procurando convencerse á sí mismo, dice en alta voz: «Efectivamente, V. me conoce y yo le conozco; ¡ya lo creo! esa fisonomía... Yo le he visto á V. en alguna parte.» El vividor vuelve á la carga, dispara sobre su víctima un aluvion de fechas y de adulaciones... y el negocio está hecho. Se van á tomar café ó á pasear, *intiman* y están tres ó cuatro horas juntos, al cabo de las cuales ya hay material para una gacetilla.—Si la víctima se niega á prestar su cooperacion para descubrir el *tesoro*, ó no quie-

re creer que una cadena de *doublé* sea de oro fino y por consecuencia se niega á comprarla, ó no gusta de pasear por las afueras de la poblacion... irremisiblemente se queda sin reloj ó sin dinero, ó sin ambas cosas á la vez: dichos objetos pasan con la mayor prontitud y limpieza, sin que nadie lo note, á los bolsillos del vividor en el momento de la despedida; porque hay que tener en cuenta que el *escamoteo fino* es lo primero que aprende el vividor ambulante.

¿De qué medios se valen los vividores para averiguar el nombre y la historia de cada una de las personas que explotan, tratándose de gentes que no han visto nunca? Esto que parece tan difícil, es sumamente fácil, como verá el paciente lector.

El gremio de los vividores ambulantes tiene una organizacion poderosa, como dejo dicho. Muchos de sus miembros, porque así conviene á los altos fines de la agrupacion, se dedican al servicio doméstico en todas sus esferas y ramificaciones. Los criados de casas particulares conocen perfectamente á los amigos de sus amos, y esto, no diré que siempre, pero en muchas ocasiones, es causa de los abusos que se cometen pidiendo dinero á unas personas en nombre de otras. Los camareros de fondas y casas de huéspedes, si se lo proponen, se enteran de la vida y

milagros (porque hasta milagros hay en ciertas vidas) de cuantos forasteros vienen á parar á dichos establecimientos; porque ¿qué cosa más natural sino que en mesa redonda se hable de todo, especialmente de los asuntos de cada uno, en cuya conversacion siempre van *envueltos* los motivos que les han traído á Madrid, el nombre del país de donde proceden, y hasta los nombres de los individuos de sus respectivas familias?—Estas cosas las averiguan siempre los criados, aunque en ello no tengan interés alguno; está en su naturaleza el sentimiento de la curiosidad. Teniendo interés, perteneciendo á la sociedad de los vividores y siendo su obligacion *practicar* averiguaciones, no hay para qué señalar hasta dónde llegarán éstas. Dan cuenta de ellas al centro respectivo; la persona encargada de engañar al prójimo que por tener dinero se ha atraído la atencion de *la órden* no es tonta ¡qué ha de ser! y por lo tanto no es extraño que algunos incautos provincianos caigan en unas redes tan artísticamente tendidas.—Despues de estas explicaciones, ¿parecerá todavía inverosímil que el vividor esté tan al corriente de los asuntos de las personas á quienes engaña?

Al llegar á este punto, debo confesar ingenuamente que los gobiernos de España y Francia, han desarrollado este espionaje de las fon-

das de una manera portentosa. Con el objeto de perseguir conspiradores han inundado, en ocasiones, esos establecimientos, de policía secreta, abriendo el camino á la industria de que acabo de hacer mencion.—¡Lo que puede el ejemplo!

Vuelvo á mi asunto. En el mismo ramo hay *profesores* que trabajan por cuenta propia y á los cuales hay que conceder mayor ingenio y travesura que á los demás, puesto que averiguan cuanto les conviene saber, por sí mismos, sin ayuda de nadie. Se sitúan en la Puerta del Sol, ó en la Carrera, ó en el *mentidero* de la calle de Alcalá—mentidero que en nada se parece á aquel famoso de que nos habla Calderon establecido en

«..... aquellas cuatro esquinas
de la calle del Lobo y la del Prado»

al que dió más de una hermosa dama el nombre de *Mentidero de varones ilustres*;—se sitúa, digo, en uno de esos parajes, cuando en los mismos hay mayor concurrencia y son todo oídos, como vulgarmente se dice. Es muy comun que en esos lugares se encuentren dos forasteros, de un mismo pueblo ó de una misma provincia, que sean amigos, que traben conversacion, que mutuamente se pregunten por sus familias respectivas. Siempre que esto ocurre el *vividor* escu-

cha, no pierden una sílaba..... y ya tiene un hilo por el cual sacará el ovillo.

La providencia, aunque parezca raro, viene en ayuda del *vividor*. La providencia suele ser un amigo de uno los dos amigos que hablan: toma parte en la conversacion, hay una presentacion en seguida, y ya se sabe á ciencia cierta, por lo ménos quién es uno de los tres, porque la presentacion se hace poco más ó ménos en la forma siguiente: «El Sr. D. Fulano de Tal, de tal punto, hijo de D. Mengano, esposo de doña Zutanita, que viene á Madrid á tales y cuales asuntos.»—El *vividor establecido* por su cuenta no necesita saber más: en cuanto el predestinado se separa de sus amigos, se vé acometido en la forma que queda descrita, y los resultados se saben luego por el *eco imparcial de la opinion y de la prensa*. Que esto suceda en un país culto, civilizado, es triste; pero.....—¡consolémonos!—la autoridad sigue la pista á los criminales, y ya los encontrará alguna vez, aunque sea el dia del juicio por la tarde, para juzgarlos despues de muertos, ya que vivos nunca logró verles la cara.

Creo inútil hacer mencion de los *tomadores* que sin decir palabra alijeran los bolsillos en dias de bulla ó de procesiones, ó mientras los transeuntes examinan embobados el escaparate de una joyería: de los gritadores que venden en la via

pública específicos para el dolor de muelas—y con cuyos *mejunjes* aumenta considerablemente el dolor: de los que vocean pastillas para quitar manchas,—y con cuyos ingredientes las manchas se hacen mayores: de los que venden con mucho misterio hojas de batatas por tabaco de contrabando, y de otra infinidad de vividores ambulantes, azotes de la pobre humanidad, dignos de ser conocidos; pero estos tipos serán objeto de un estudio aparte y clasificados por su órden natural.

La materia es fecunda y el tema está poco manoseado, lo cual hace presumir fundadamente que el trabajo no será completamente inútil.

Espronceda, teniendo idea clara de lo que es la vida y la naturaleza humana, ha dicho que

«en el mundo hay que aprender
á sentir crecer la yerba.»

Parodiando la frase del gran poeta, bien se puede afirmar que lo primero que hay que aprender en el mundo, es á sentir crecer los vividores de todas especies: para guardarse de ellos.



III.

LOS LEVANTA MUERTOS.

Uno de los vicios más arraigados en esta sociedad, acaso el que más fomenta la inmoralidad que corroe sus entrañas, es el juego bajo cualquier aspecto que se le considere, muy particularmente tomado como especulación, como medio de subsistencia. Por el juego se hacen los hombres vagos, se arruinan, se prostituyen, pierden, como es lógico, el sentimiento de la dignidad, reniegan de la familia, de la amistad, y de etapa en etapa, arrastrados por el torbellino de las malas pasiones y de los placeres desenfrenados, recorren toda la escala del crimen, llegando, como término de su viaje, al presidio ó al cadalso.

Siempre que ocurre un cambio político ó un simple cambio de autoridades, el gobernador

que quiere ganarse la voluntad de los hombres honrados, comienza por mandar cerrar las casas de juego y perseguir á los jugadores, dando con este proceder enérgico una prueba evidente de su amor á la buena moral, al órden, á la pureza de las costumbres, etc., etc. Mientras tanto aquel gobierno, es decir, todos los gobiernos, juegan á la lotería y dan ejemplo de la más refinada inmoralidad reglamentando y administrando uno de los ramos del vicio que con tanto encarnizamiento persiguen—aparentemente—y del cual sacan tan positivos resultados.

No hay situacion *nueva* que no persiga el juego, ó si se quiere, uno de los juegos, el *Monte*; pero nunca deja de haber *partida*, ó en términos más claros, nunca están cerradas las casas donde tal vicio se explota, dos meses seguidos: esto sin contar los garitos donde siempre se juega con ó sin permiso de la autoridad, lo cual prueba con harta evidencia hasta donde llegan la energía y el celo, por no decir otras cualidades, de las autoridades españolas de todos los tiempos, y prueba tambien, con elocuencia dolorosa, lo arraigado que está el vicio en las modernas sociedades, y, finalmente, la consecuencia, la perseverancia que hay para el mal en ciertos períodos de la historia y bajo el imperio de ciertas instituciones.

No entra en mi propósito la idea de tratar ahora esta cuestión, más filosófica que política, ni creo que debe pintarse el tipo del jugador, sobradamente conocido y hasta vulgarizado desde tiempo inmemorial; pero ya que no retrate el jugador habré de bosquejar una de sus hijuelas, á saber: *El levanta muertos*.

Este curioso personaje ha comenzado su carrera siendo *punto*, y punto perjudicial, punto negro, como diría un publicista contemporáneo. *Punto* quiere decir individuo que apunta, que pone su dinero á una carta con la misma esperanza que el que lo pone á un número de la lotería; con la ilusión de ganar. Este tipo ha pertenecido á dicha clase; se ha arruinado, ha perdido su fortuna, ó la dote de su mujer, ó el dinero de sus amigos: ha llegado un día en que no ha tenido una peseta ni quien se la dé, en que no sabía qué partido tomar, que dice el vulgo, y entre irse con un trabuco á Sierra-Morena ó dedicarse á *levantar muertos*, que es lo mismo, pensando en el respeto que infunde la Guardia Civil se ha decidido por lo segundo, y, perdida hasta la noción más leve de la dignidad, se ha lanzado resueltamente á empresa tan arriesgada.

Llevantar un muerto es, según el tecnicismo de los jugadores de profesión, cobrar sobre el

tapete verde el doble de una cantidad que ha puesto otro, hecho que no ofrece mucha dificultad en el momento de su realizacion; pero cuyas consecuencias pueden ser fatales, y algunas veces lo son, al concluir el que *talla* de pagar la carta favorecida, que es cuando tiene forzosamente que descubrirse la cosa, pues viene á seguida la reclamacion de un *punto* que no ha cobrado y las excusas del banquero que dice haber satisfecho el doble de la suma que habia en la carta favorecida por la suerte.

Parece increíble que haya quien se atreva á cobrar una cantidad que no le pertenece, y más increíble todavía, que este delito no sea descubierto en el instante de su perpetracion, toda vez que se comete en presencia de mucha gente y á la vista del interesado. Este fenómeno tiene su explicacion natural. En primer lugar el *levanta muertos* tiene mucha osadía, mucha serenidad; las circunstancias que le rodean son inmejorables, y aunque alguna vez le ocurran disgustos sérios, á los cuales se encuentra habituado, en muchas ocasiones logra su intento.

Alrededor de la mesa donde se juega al *monte* hay mucha gente; pues además de los puntos hay otras personas que no juegan, bien porque no tienen dinero y están allí como aficionados, bien porque no son jugadores y han entrado con

algun amigo, por curiosidad ó por otras causas que no son de este sitio. Hay mucha gente; pero nadie se cuida de las personas que están á su lado: todos tienen fija su atencion y su mirada en el juego y en las manos del banquero. Mientras éste va tirando cartas, hasta que sale la que termina el azar, no se respira, no se pestaña ni se oye el más leve ruido.

Cien miradas á cual más extrañas y cuyas definiciones son imposibles; cien miradas intranquilas, anhelantes, se clavan en la baraja con verdadero frenesí. Sale la carta fatal, porque siempre es fatal para alguien, la carta que decide la suerte, y se oye un rumor incomprendible, misterioso, mezcla de terror y de alegría, de ira reconcentrada y de expansion ruidosa; rumor siniestro y espantable en el cual están condensadas todas las palpitations del vicio en su más genuina representacion.—Se comienza á pagar la carta que *ha venido*, y como por ensalmo se restablece la calma y vuelve á reinar profundo silencio interrumpido solo por la voz del banquero que al pagarlas va citando las cantidades, y por unos golpecitos que dan los *puntos* con los nudillos sobre la parte superior de la mesa, y cuyo sonido indica que el que lo produce debe percibir la cantidad mencionada por el banquero. En ese momento, en el momento de

pagar, el *levanta muertos*, que está de pié, situado detrás de la primera fila que rodea la mesa, mete la mano por el primer claro que encuentra, da el golpecito consabido y se apodera de la cantidad que otro debía percibir. Siempre procura tomar una suma de las cinco ó seis, ó más, que hay iguales, por cuya razon no se arma el escándalo instantáneamente, pues cada uno de los que deben cobrar aquel dinero piensa para sí que todavía no le ha llegado su turno y que debe esperar.

El *levanta-muertos*, despues de realizado su propósito, suele escabullirse bonitamente sin que nadie se fije en él, lo cual es muy fácil, ó quedarse en la reunion afectando gran serenidad, para ver lo que sucede al notarse la falta del dinero que ha sustraído. Lo que sucede no es muy agradable: al terminarse el pago de la carta hay un *punto* que reclama enérgicamente su dinero: el banquero dice, y dice bien, que ha pagado todas las *posturas*: el *punto* perjudicado no se conforma, y grita: el banquero grita tambien y se arma la de Dios es Cristo. Hay ocasiones en que el dueño de la casa, por evitar escándalos que pueden perjudicarle, paga, y todo se concluye: otras veces no sucede esto y el *punto* se calla por prudencia y acaba la tremolina; ó no se calla el *punto* y entónces tiene que intervenir

la autoridad.—Y á todo esto el *levanta-muertos*, sino se ha marchado, permanece impassible, ó grita tambien anatematizando el hecho.

Se dan casos en que por un incidente imprevisto, ó por falta de serenidad, ó por una causa cualquiera, se descubre la falta en el momento de cometerla, ó se descubre poco despues, y entónces es cuando se arma *la gorda*, como decimos los españoles aludiendo á la revolucion, cuando se arma, de lo cual tambien se dan repetidos casos en nuestro país.—Como el *levanta-muertos* no haya sido cogido con las manos en la masa, desde luego niega el hecho, y grita, y se descompone y todo lo mete á barato logrando algunas veces convencer á sus acusadores de su perfecta inocencia. Si éstos no se dán por convencidos y la cosa pasa á mayores, hay cada palo y cada bofetada que canta el credo, y mi hombre sale con las naricés rotas, ó se las rompe á cualquiera y lo meten en el Saladero, ó cosa por el estilo: esto cuando el *levanta-muertos* no es hombre de pelo en pecho, es decir, hombre de navaja de muelles ó *pistola de caballería*, que entónces la cosa es muy distinta.

A los primeros insultos que le dirigen, aunque lo hayan cogido con las manos en la masa, arma camorra y hiere ó mata á cualquiera, si ántes no lo lastiman á él, y ya no hay para que decir

cuáles son las consecuencias: el hospital, el cementerio, el presidio ó la horca.

El *levanta-muertos* es una especie de bandido: es, por decirlo así, la línea más sombría del triste cuadro de los jugadores de profesion, la quinta esencia del más repugnante de los vicios; pues aunque él procura tranquilizar su conciencia, si la tiene, que eso no se ha puesto todavía en claro, con la conocida sentencia de

«ladron que roba al ladron

ha cien años de perdon,»

él es un ladron de la peor especie, aunque tambien sean dignas de censura y merezcan castigo las personas en perjuicio de las cuales ejerce su criminal industria.

Esta clase de *vividores* encajan mejor en el Código Penal que en la literatura; pero es deber del escritor darlos á conocer para vergüenza de unos y escarmiento de otros.

Como puede verse por este sucinto relato la existencia del *levanta-muertos* es por demás azarosa y accidentada; pero eso no le importa un ardite al que abraza con fé la *carrera* y no tiene oficio ni beneficio, ni aunque lo tenga quiere trabajar. ¡El trabajo! esa es la piedra de toque, el mónstruo, mejor dicho, á quien tanto temen algunos hombres, huyendo del cual son capaces de refugiarse hasta en el crimen, si el crimen

les proporciona el vivir sin trabajar gozando de los placeres más ilícitos y brutales, aunque este género de vida les atraiga el ódio de las gentes honradas, el deshonor y la inquietud anejos á tal *oficio*. La gran cuestion, la cuestion de las cuestiones es vivir sin trabajar: si esto se consigue, por cualquier medio, está realizado el bello ideal del vividor que profesa aquella sabida máxima jesuítica que dice:

Todos los medios son buenos
como conduzcan al fin.

Cuando leo en la prensa periódica que la autoridad persigue á los jugadores, como sabemos lo que estas persecuciones duran y significan, sonrío filosóficamente, como si dijéramos, á estilo de presidente del consejo de ministros, y á seguida se presenta en mi memoria, más que el jugador siempre perseguido y no extinguido nunca, por desgracia, el *levanta-muertos*, el bandido *ilustrado* del último tercio del siglo XIX que se pasea impunemente por las calles de la capital, y cuya existencia ni siquiera sospechan los grandes estadistas, profundos filósofos y hábiles políticos encargados de regir los destinos de los pueblos, y aunque lo sospechen no les inquieta, ni aunque les inquiete procuran encontrar remedio á mal tan grave.—Así anda ello.



IV.

LOS PANCISTAS.

«Sr. D. Francisco Flores García.

Muy señor mio:—Los periódicos me han dado conocimiento del propósito que Vd. abriga de publicar una *Galería de tipos*, y, conociendo yo por experiencia un *tipo* que acaso Vd. no habrá tenido ocasion de estudiar, me tomo la libertad de enviarle los adjuntos apuntes de los cuales podrá Vd. hacer el uso que estime más conveniente.»

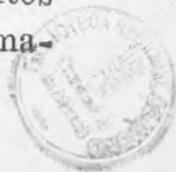
Hé aquí los apuntes á que se refiere la carta anterior, en los cuales no hé creído prudente hacer alteracion ninguna:

«Así como en la esfera política existe un número considerable de hombres que con todos los gobiernos están de acuerdo, y con todas las situaciones viven—raza privilegiada y feliz, des-

tinada á gozar perpétuamente las delicias del presupuesto, y cuya excesiva ductilidad le ha conquistado el título de *pancista*—así existe también, en las regiones del vicio, un número no pequeño de hombres partidarios de la *estabilidad* y que, *pancistas* de otro género, sacan del tapete verde el pan de cada día.

»El *pancista* del juego, que es el que me propongo retratar, ha hecho un estudio especial de la baraja y de su propio individuo; ha pasado muchos años—suele ser viejo—*apuntando fuerte*; ha perdido toda su fortuna, está desegañado del mundo, se le fué la afición al trabajo y tiene, como cada hijo de vecino, necesidad de vivir: sus aspiraciones son modestas, y con ganar veinte ó treinta reales diarios, que es lo que necesita para ir saliendo, se conforma y hasta bendice su suerte. Dicha suma, si tiene *talento* y paciencia, si sabe dominarse en momentos *supremos*, puede sacarla fácilmente del tapete consabido. ¿Cómo realiza su propósito? Eso es lo que voy á referir no para que sirva de incentivo al vicio, que el vicio será siempre repugnante y odioso, sino para conocimiento de los incautos, si Vd. cree que estos apuntes deben darse á la estampa.

»El *vividor* *pancista* entra cuotidianamente en el garito al comenzarse la *partida* ó momentos ántes: se sienta junto al banquero y allí perma-



nece mudo, impásible como una estatua, hasta que el juego termina. La partida puede comen-
zar á las seis de la tarde y concluir á las cuatro
de la madrugada. ¡Diez horas! ¡No importa! Aun-
que fuesen quince, mi hombre no se mueve de
su silla; es el primero que entra, y el último que
sale. En todo este tiempo apunta cuatro, cinco,
cuando más seis cartas, y nunca arriesga más de
medio duro: podrá no acertar una, dos á lo su-
mo, pero acierta positivamente tres ó cuatro, lo
cual le dá el resultado, casi matemático, de su
cálculo. Este resultado se apoya en las razones
siguientes:

Lo que obliga á la mayor parte de los juga-
dores á perder casi siempre; es la impaciencia,
el arrebató, la ambición desenfrenada é insacia-
ble de ganar mucho, sin tener en cuenta el co-
nocido refran «quien todo lo quiere todo lo
pierde,» ni aquel otro «quien mucho abarca poco
aprieta.»—Ejemplo: entra un *punto* con buena
suerte y acierta diez ó doce cartas seguidas: ha-
ce una ganancia relativamente fabulosa en muy
poco rato: debia satisfacerse con dicha ganancia
y marcharse al momento; ¡pues no señor! todo
lo contrario, se queda: alentado por el éxito
quiere ganar mucho más, pretende llevarse todo
el dinero que vé sobre el tapete, no puede con-
tenerse y sigue apuntando: la fortuna, enojada

con semejante impertinencia, vuelve la espalda á tan ambicioso *punto*, el cual despues de perder toda la ganancia pierde tambien el dinero que llevaba y se marcha echando venablos por aquella boca y maldiciendo de su suerte.

Pues bien, el pancista, que en sus buenos tiempos ha sufrido muchos de estos terribles desengaños, ha visto el asunto con claridad, ha adquirido experiencia, se ha dominado, limitando considerablemente sus aspiraciones, y obteniendo por este medio un resultado más seguro.

Ya he dicho que permanece en el garito mientras se juega, siguiendo impávido todas las peripecias de la partida, y que en el trascurso de tantas horas apunta muy pocas veces. Nunca juega de los primeros, pasa una hora lo ménos observando las cartas que *se dan*, cómo viene el juego y hácia qué lado se inclina la suerte; con todo lo cual forma su juicio y *apunta*. ¿Gana? Pues no vuelve á jugar hasta que pasa otro rato. ¿Pierde? Pues hace lo mismo. Si acierta tres cartas seguidas no vuelve á jugar en toda la noche; si las pierde en la misma forma, tampoco juega más: si acierta una y pierde otra, sigue jugando, con los mismos intérvalos, hasta que gana ó pierde la cantidad que se ha propuesto en ambos casos. Si por casualidad pierde una noche, no se afecta en lo más mínimo y procura

desquitarse, no de una vez, sino paulatinamente, en tres ó cuatro dias: sino pierde, no sale de su paso.

Nunca se anima con el éxito ni manifiesta pesar en la desgracia, ni tiene otra ambicion que la de *sacar* para vivir. Por sus antiguos servicios y por su respetabilidad dentro de la *clase*, el *pancista* es una especie de jubilado á quien todo el mundo considera, no por lo que es, sino por lo que ha sido, lo cual le facilita en gran parte la gestion de su cometido y hasta le dá cierta importancia entre las gentes que le rodean.

Si el *pancista* no tuviera en su abono el haber sido *punto fuerte* durante muchos años, no le permitirian que ocupara lugar preferente al lado del banquero, cuando aquel sitio podia ocuparlo un parroquiano de provecho, un forastero rico, un aficionado reciente ó un *caballo blanco*; pero el *pancista* tiene su reputacion, su hoja de servicios, y tiene por lo mismo, derecho á ejercer su *cargo*, cuasi pasivo, rodeado de la aureola de la popularidad.

Desde su asiento, cigarro va y cigarro viene, mirando alternativamente á la baraja, á los *puntos* y al banquero, todo lo observa, todo lo ve y todo lo sabe.—Se arma un escándalo, hay una pelotera de gritos y bofetadas que se viene la casa abajo; todos se ponen de pié, ora para to-

mar parte en la *danza*, ora para ponerse en salvo, y mi hombre, como si se encontrara á cien leguas de la tremolina permanece sentado é impassible sin abrigar el más leve temor por la seguridad de su persona. Y nunca le pasa nada! Sin duda hay una providencia (!) que vela por esos hombres de nieve en cuyo cerebro no cabe más que una idea y cuya planta no se mueve más que en una direccion y hácia un objeto determinado.

Hay varias causas que concurren lógicamente á la explicacion de este fenómeno psicológico. El *pancista*, que por regla general es viejo, como digo más arriba, ha presenciado millares de sucesos idénticos, ha sido actor en muchas de estas escenas, y á la altura en que se encuentra ya no pueden sorprenderle tales hechos ni por la novedad ni por el sentido que envuelven ni por el interés que abarcan: el vicio le ha saturado hasta el extremo de hacerle insensible á los accidentes del vicio mismo. Tiene marcado de antemano su derrotero, su punto objetivo, concretas y limitadas sus aspiraciones, y como estos accidentes no han de influir poco ni mucho en sus intereses presentes ni futuros, de ahí que permanezca completamente extraño á cuanto le rodea.

Hay quien conociendo al *pancista* íntimamen-

te, afirma que su ganancia diaria es segura, tan segura como la renta de una propiedad asegurada de incendios. Por los datos y noticias que acerca del particular he podido reunir, me inclino á creer que, sin ser la ganancia diaria tan segura como algunos suponen, es, sin embargo, muy probable que el *pancista* saque del juego para vivir, con más ó menos trabajos, con más ó menos apuros. Y ¿cómo no cuando en este desgraciado país vive sobre el mismo todo el que se lo propone, con tanta más holgura cuanto mayor sea su cinismo y su inmoralidad?

Hay otros *pancistas* sin antecedentes y sin merecimientos á los cuales nadie respeta. Los *infelices* á que me refiero bien puede decirse que son aficionados. Como no tienen reputacion y carecen de autoridad dentro del *gremio*, no pueden sentarse á la mesa con el descaro que el *pancista* viejo, y se resignan á permanecer de pié, en segunda fila, lo cual es harto incómodo. No tienen paciencia para estarse toda la noche, ni el aplomo y seguridad que el *cargo* requiere si ha de desempeñarse con perfeccion. Sin embargo de todo esto, tambien esos *pancistas* vulgares y adocenados viven á expensas del vicio, adquieren cada dia nuevos conocimientos en el arte de vivir sin trabajar, y al cabo llegan á perfeccionarse siendo modelos de perdidos y afrenta y es-

carnio del país á que pertenecen... y de la moral sobre todo.

Pero la moral es una señora tan recatada, tan llena de escrúpulos y miramientos—¡mujer al fin!—que, por temor al escándalo, sin duda, sufre con resignacion tamaños ultrajes y tolera la existencia de esos y de otros muchos *vividores* que la deshonran, sin proferir una queja formal contra ellos, ni siquiera demandarlos por daños y perjuicios ante un juez de primera instancia. Bien que esta prudente conducta quizá sea hija de las muchas quejas que de los encargados de administrar justicia tiene la moral que, aunque moral y todo, es por extremo quisquillosa y susceptible.

*
* *

Y aquí concluyo, rogando á Vd. no eche en saco roto estos apuntes y noticias que bien pueden servir para bosquejar un tipo curioso, completamente desconocido de la generalidad de las gentes y digno de figurar en su *Galería*.—Con lo cual tengo el gusto de ofrecerme á Vd. atento
S. S. Q. B. S. M.,

E. N. PUERTA.

Por la copia,

El Autor.

V.

LOS PERDONA-VIDAS.

Aunque el tipo es asaz conocido y por todo extremo vulgar, merece, sin embargo, ocupar un lugar en esta galería y ser descrito con algun detenimiento para que aquellos de mis lectores que hayan tenido la fortuna—que así puede llamarse—de no encontrarlos hasta ahora en su camino, puedan reconocerlos á primera vista y tratarlos como es debido si por acaso alguna vez los encontraren.

España, la tierra clásica del valor y la caballeridad, el país guerrero por excelencia,
donde retoñando está
siempre el gérmen de una guerra,
como dice García Gutierrez; el pueblo intrépido y valeroso, cuyos hijos, generalmente hablando, buscan en ocasiones la muerte con la mayor im-

pavidez y hasta por un motivo fútil; este país que, según la frase del mismo escritor,

parece que fué creado

para escuela de la guerra,

produce también, y negarlo fuera locura, almas pequeñas y cobardes, incapaces de las empresas y acciones que forman el carácter distintivo de nuestro pueblo.

Algunos de estos cobardes, avergonzados de sí mismos y faltos por otra parte de un criterio sano y de una conciencia recta, se empeñan en engañar al mundo queriendo aparecer ante la sociedad distintos de como son, á saber: siendo cobardes, pretenden pasar por valientes. De esta madera son los perdonavidas que tanto ruido meten y que tan malos ratos hacen pasar á los hombres pacíficos que, sinceros y honrados, no disfrazan su modo de ser.

Y no hay que dudarlo: el hombre que por motivos pequeños y á veces sin motivos, provoca cuestiones graves y no quiere transigir ni en el menor detalle cuando su antagonista, rehusando ir á cierto terreno, procura arreglar la cuestión satisfactoriamente, como dice de ordinario la *gaceta*, es un cobarde. Si, por el contrario, se encuentra, como suele decirse con la horma de su zapato; si halla un hombre dispuesto á todo, amaestrado como está en la farsa de la vida en

ciertas escalas sociales, piensa *juiciosamente* que la cuestion no es de tanta importancia; busca de una manera hábil, siempre dejando su honor *bien puesto*, soluciones conciliadoras, que eviten un lance desagradable, y sigue gozando fama de valeroso.

La frase vulgar y célebre de aquel portugués que perdonaba la vida al que lo sacara del pozo, es perfectamente aplicable á muchos tipos que todos conocemos, que han hecho su *reputacion* —reputacion poco envidiable— por medio del escándalo, y que por una mirada, por un gesto, que van derechamente á *herir su dignidad*, como ellos dicen, sin creerlo ellos mismos, provocan á singular combate en duelo á muerte á cualquiera que haya tenido la mala ventura de parecerle cobarde.

Si el cobarde, como digo más arriba, *resulta* valiente, siempre tiene tiempo y medios el perdona-vidas de arreglar la cuestion en el sentido que le conviene, y este sentido es no batirse dejando su honor en el lugar que le corresponde. ¡Y es que nadie ha caído en la cuenta del *lugar* á que pertenece el honor de dichos señores!

En todas las capas sociales, como dirian ciertos filósofos, existe el perdona-vidas. Entre las que hemos dado en llamar clases del pueblo, el tipo se destaca mucho; está familiarizado con el

Saladero; sirve en ocasiones, muy malas causas, y hasta suele ocupar la prensa con el relato de sus hazañas; pero no es, ni con mucho, tan perjudicial como el perdona-vidas de levita, de alma gastada y botas de charol, que dijo el poeta.

Mozo que vive de su propio fuero, calumniando á quien se le antoja, y humillando y poniendo en ridículo á cuantas personas encuentra á su paso que tienen la desdicha de no conocerle tal cual es y cometen el pecado de tenerle miedo.

El perdona-vidas de chaqueta, ya lo he dicho, es el ménos perjudicial: es perdona-vidas por temperamento, por vanidad, más no por cálculo, y aparte de que se dedica á *cobrar el barato* en ciertas casas *non sanctas*, ocupacion fea y poco decorosa, en general el tipo es gracioso por las balandronadas que vierte y las *historias* que cuenta, y apenas si produce el menor daño aún á las personas cuyo trato le es habitual.

No así el perdona-vidas de clase *más elevada*, que daña y envenena impunemente cuanto toca, aunque tambien es fuerza convenir en que no es suya toda la culpa. La educacion que recibe entra por mucho en su modo de ser; pero no es esta ocasion oportuna ni lugar á propósito para entrar en cierto linaje de consideraciones filosó-

ficas (¡!) que por otra parte me desviarían de mi intento.

En cierta clase de la sociedad, donde más pruebas de moralidad y cultura debieran darse, parece como que se tiene á menosprecio el emplear la inteligencia en estudios que, al par que son útiles al Estado político, dan cierto brillo y respetabilidad al que á los mismos se consagra con algun provecho. Por esta razon, que ninguna razon revela, muchos *señoritos de clase elevada*, llegan á formarse hombres sin haber seguido ninguna carrera, sin entender una palabra de nada (de nada útil), sin otros títulos para ser considerados por las gentes que los de nobleza de su familia—si por acaso es *noble*,—sabiendo algo de gimnasia, mucho de esgrima y tocar *algunas cositas* al piano.

Con semejante educacion, y el orgullo y la vanidad de *su raza*, se lanza mi hombre al mundo, y ¿qué ha de hacer? Por hacer algo es galanteador de oficio, trasnochador por costumbre, duelista de profesion y perdonavidas por sistema. Aunque sea cobarde, que suele serlo—se dan casos—es lógico y racional que pase por valiente. Y es lógico y racional que así suceda por los siguientes motivos:

Consagrada toda su actividad é inteligencia desde sus primeros años al *arte* de la esgrima,

aunque no tenga mucho de *lo* de Salomon, se comprende sin esfuerzo que al llegar á la edad de las pasiones sea un tirador consumado, un espadachin de primera nota. La misma seguridad que tiene de lo que sabe le hace intrépido, osado, pendenciero, y no puede ménos de ser así, garantida como tiene su impunidad por las autoridades que no persiguen ni castigan á los que asesinan con todas las *reglas del arte*, y por la destreza de su brazo. Esas garantías suplen perfectamente el valor, y dados los hábitos y costumbres que ha adquirido el sugeto viviendo en la holganza, sin dar á sus sentimientos ni á su inteligencia el alimento sano que enjendra nobles pasiones é intenciones rectas, tiene que seguir un camino de perdicion fatal é inevitablemente.

Este jóven osado y engreído, encuentra en su camino un hombre honrado que, hijo de padres más escrupulosos ó ménos ricos, ha tenido que seguir una carrera á la cual ha dedicado todo su tiempo, siendo, por consiguiente, profano en el nobilísimo *arte* de la esgrima. Por la cosa más sencilla le insulta cruelmente y á seguida habla de llevar la cuestion al campo del honor. Y ¿qué sucede en este caso? Que, ó el ofendido se escusa lo mejor que puede, lo cual es deshonroso en nuestra sociedad, ó vá al *terreno de los caballeros*

y muere asesinado víctima de su inexperiencia y de sus preocupaciones. En ambos casos el *diestro* tirador consigue su objeto. Si la cuestion se arregla pacíficamente, pasa por un perdonavidas; y si la cuestion no tiene arreglo y mata ó hiere á su *adversario*, pasa por un valiente y es aplaudido por esa generacion servil y gastada que rinde eterno culto al dios éxito.

Nuestras costumbres extravagantes, con perdon sea dicho, forman y alientan al perdonavidas. El duelo, elevado á la categoría de institucion social, pacientemente tolerado y libremente consentido, es el ancho círculo donde se mueven y desarrollan á placer los despreciables tipos que sirven de tema á este trabajo. Para extinguir esa raza de alborotadores por costumbre y desalmados duelistas por sistema, la mayoría de los cuales carece de valor personal y de otras muchas cualidades que adornar deben al hombre, seria preciso que todo el mundo aprendiese esgrima y que, todos los hombres de sentimientos honrados y sana razon estuvieran siempre dispuestos á castigar la insolencia de los perdonavidas en *cualquier terreno*. Pero esto no puede ser; en primer lugar, porque no todos los hombres quieren perder en los primeros años de su juventud un tiempo precioso que necesitan para cosas verdaderamente útiles; en segundo

lugar, porque no á todos los hombres les gusta el ejercicio de las armas, y finalmente, porque muchos no estan en situacion de malgastar el tiempo aun cuando á semejante entretenimiento tuviesen aficion.

El hombre prudente, juicioso y comedido, piensa que nunca ha de tener una cuestion desagradable, puesto que él no ha de provocarla. ¡Cuánto se equivoca! Precisamente el hombre pacífico, solo por serlo, es objeto de agresiones injustas, toda vez que el agresor puede prometerse una perfecta impunidad. Precisamente con el hombre pacífico, honrado y tolerante que nunca busca una cuestion y desea evitarlas todas, es con quien se ensaña, por decirlo así, el *baratero* de levita que á costa de indignidades y bajezas labra su poco envidiable reputacion.

Creo que basta lo apuntado para conocer el perdona-vidas en sus rasgos más característicos y en sus más interesantes manifestaciones; empero no terminaré sin apuntar aquí una receta contra esta que pudiera llamar plaga social: no en vano se ha dicho que contra siete vicios hay siete virtudes.

El perdona-vidas se anuncia y dá á conocer, generalmente hablando, por su intransigencia exagerada, por su descompostura sin límites, por sus amenazas ridículas, y sobre todo, por ser el

iniciador de todas las cuestiones y fundarse éstas en motivos baladíes ó más bien en pretextos de poca monta.—Carísimo lector: si alguna vez se te presenta uno de estos tipos y te provoca y te propone como *ultimatum* de sus resoluciones un paseo al *campo del honor*, no te andes por las ramas, no manifiestes la más mínima debilidad, no hagas ni digas nada que pueda autorizarle á creer que lo tomas en serio, porque entónces estás perdido. Por el pronto, es decir, provisionalmente, *siéntale de veras la mano*, rómpele una costilla ó alguna otra parte esencial de su individuo..... y yo te respondo del resultado, que es magnífico, superior á todo encomio.—El *perdona-vidas* será despues amigo tuyo, si así lo desees, amistad que no debes admitir siguiendo mi consejo.—En cuanto á la eficacia del remedio, es cosa probada: la práctica lo garantiza.



VI.

LOS INTRUSOS.

¿Quién, por distraído que sea, no ha encontrado en su camino alguna vez un intruso que haya pretendido robarle su asiento en un banquete, las miradas de una hermosa en una *soiré*, su felicidad en el hogar doméstico, su pareja en un baile, su opinion en una polémica y la paciencia en todos los casos?—Podria afirmarse que para nadie es desconocida la raza de los intrusos, considerablemente aumentada, aunque no corregida, en estos últimos tiempos.

Los intrusos han oido decir: «De audaces es la fortuna,» y no han necesitado más para lanzarse en el torbellino de la vida á esplotar cuanto ella tiene de esplotable bajo el punto de vista de cierta *moral*, patrimonio exclusivo de esos hombres que poseen á la perfeccion un descaro sin lími-

tes y una despreocupacion asombrosa, estando además dotados de una ignorancia supina—que la audacia encubre perfectamente—sin cuya cualidad el intruso no seria intruso verdadero.

Aunque estos tipos no consigan siempre hacer fortuna, consiguen por lo ménos, áun en casos excepcionales, comer y cenar grátis muchas veces, alternar con personas importantes á quienes no conocen, pasar por hombres ilustrados siendo unos necios, adquirir relaciones que andando el tiempo pueden serles útiles, y otras muchas cosas que no conseguirian si no acudiesen donde no los llaman, si no dieran opiniones que nadie les pide, si no trataran, en fin, de cosas que no entienden; pero entónces no serian intrusos, y por tanto no habria que ocuparse de ellos.

Verifícase un banquete en Fornos ó en cualquiera otra parte para celebrar el advenimiento de una República, ó la restauracion de una Monarquía, ó para ponerse de acuerdo varios hombres políticos sobre los *principios*, ó para otro cualquier objeto, que el objeto no hace al caso, y los españoles hallan en todo pretexto para comer, y el banquete es, por ejemplo, de treinta cubiertos. Raro, rarísimo es el banquete de esta índole donde no faltan, al comenzar, algunos cubiertos. El anfitrión, ó si se quiere el *pagano*, al notar la falta de cubiertos y la sobra de comen-

sales, lejos de pensar que allí puede haber intrusos, cree que alguno de sus más íntimos amigos se ha permitido la confianza de convidar á alguien cuya presencia sea necesaria en semejante solemnidad, é inmediatamente ordena que se sirvan los cubiertos cuya falta ha notado.

Suele tambien darse el caso de que el anfitrión sospeche que algunos se han entrometido, aunque por prudencia no lo diga; pero en tal caso de los intrusos es de quien ménos sospecha, porque éstos desde el primer momento han hablado tanto y con tanta naturalidad, que, más que meros espectadores, parecen los héroes de la fiesta, los promovedores de la reunion, los llamados á llevar la palabra en la misma explicando sus móviles y su pensamiento.

Y lo mismo que en un banquete ocurre en un baile ó en una tertulia, con tal de que la reunion sea numerosa, pues es sabido que en reuniones pequeñas, de amigos íntimos ó puramente de familia, los intrusos serian al instante descubiertos, y ellos, que así lo comprenden, no cometen nunca la imprudencia de lanzarse á semejantes escollos; pues aunque la prudencia está reñida con su modo de ser, quizá por una aberracion de su naturaleza son prudentes en ciertos casos, sobre todo para no verse nunca en tales apuros.

La raza de los intrusos se divide en dos clases, á saber: intrusos por cálculo, que son los que llevan el propósito de medrar por su osadía á costa del prójimo, é intrusos por temperamento, que son los que, estando parados junto á una esquina ó en los pasillos de un teatro, vienen á meter su cucharada en la conversacion de dos amigos como si los conociera de toda la vida.—Estos últimos son deliciosos. Uno de los lugares donde mejor se pueden estudiar es en el *saloncillo* de un teatro las noches de estreno. Ya sabrá el lector, y si no lo sabia puede saberlo desde ahora, que dicho local es un hormiguero las noches indicadas. Allí concurren los autores aplaudidos y tambien los silbados; críticos de varias especies y categorías, desde el modesto gaceti-llero hasta el importante folletinista; actores sin contrata; altos y bajos empleados, todos, ó la mayor parte amigos del autor y de la empresa, por lo cual casi todos acarician la risueña esperanza de que no guste la obra, estando ellos por su parte dispuestos á contribuir con todas sus fuerzas á semejante resultado.—Si la obra es, pues, silbada, gozan de una satisfaccion, aunque así no lo demuestren por cortesía: si, por el contrario, es aplaudida, sienten vivo pesar, aunque en presencia del autor revelen, como sucede, una alegría extremada.

Tambien concurren al *saloncillo* personas á quienes nadie conoce, que no entienden una palabra de literatura y arte dramático y que á pesar de su ignorancia en tales materias hacen la crítica de la obra, dan la enhorabuena al autor y á los actores, hablan con todo el mundo y hasta logran en algunos momentos pasar por críticos ilustrados. No hay para qué decir que estos caballeros son intrusos. Han acudido aquella noche al teatro, saben que hay un *saloncillo* destinado á la murmuracion—natural desahogo de la impotencia y la envidia—donde se desuella despiadadamente al autor si no se halla presente y se le adula hasta el servilismo si allí se encuentra, y dicen: «Vamos allá, pasaremos el rato, sabremos por *buen conducto* á qué atenernos respecto del mérito de la funcion y conoceremos personalmente al autor y á los actores.»

Una vez dentro del *saloncillo*, no sin alguna extrañeza del portero, el formar juicio acerca de la obra es para ellos la cosa más fácil. Por el pronto no dicen una palabra, se limitan á escuchar con cierta cautela lo que se dice en los varios corrillos que se forman por la gente del oficio, y despues repiten, como cotorras, lo que han oido.

Sucede algunas veces que, lo que el intruso ha oido en un corrillo y repite en otro no es ad-

misible, lo cual no es extraño, teniendo en cuenta que rara vez hay dos críticos que estén de acuerdo en el análisis de una producción. Cualquiera creará que el intruso pasa entónces un mal rato por no poder aceptar la discusión á que le provocan rechazando sus opiniones. Nada de eso: el intruso llega y dice—porque lo ha oído un momento ántes—que tal ó cual recurso es impropio y da algunas razones..... de pié de banco: le contradicen; mas él se escapa por la tangente diciendo con el mayor aplomo: «Nada, amigo mio, no discutamos: ¿usted no participa de mi opinion? Buen provecho; no aspiro á vencerle, soy tolerante y poco amigo de *discusiones enojosas*. Ese defecto no lo he notado yo solo, es casi la opinion general. ¿Usted cree lo contrario? no me opongo, está Vd. en su derecho?

De esta manera el intruso sale airoso y léjos de aparecer como insensato pasa por hombre tolerante, amigo de respetar todas las opiniones y enemigo de disputas acaloradas. De aquel corrillo pasa á otro en el cual muda de conversacion para no verse en el caso de ser *tolerante* por segunda vez.

Llega el autor al *saloncillo*, todos le felicitan, y los intrusos, por no ser ménos que otros le felicitan tambien, con tanto más gusto cuanto que nada cuesta aquél acto de cortesía, á nada com-

promete, se proporciona una satisfaccion á un hombre de mérito y se gana un amigo que de algo puede servir el dia ménos pensado.

Del *saloncillo* pasa el intruso á ver á los actores, á quienes da la enhorabuena por el acertado desempeño de la obra, y aunque los actores como el autor se preguntan interiormente quién podrá ser aquel sugeto tan amable, concluyen por hacerse la siguiente reflexion: «No conozco á este caballero, pero desde luego declaro que es muy simpático.»—¿Cómo no ha de parecer simpático y hasta hombre de talento aquel que, comprendiendo el flaco más vulnerable de la humanidad se dedica al piadoso ejercicio de la adulacion?

Aquellos que son intrusos por el solo placer de *farolear* ú obedeciendo á su temperamento, pero sin intencion de medrar á costa del prójimo, están retratados en los siguientes versos:

«Estos por lo comun son buena gente,
son á los que llamamos infelices,
hombres todo entusiasmo y poca mente
que no ven más allá de sus narices.»

Tambien pertenecen á la categoría de intrusos, é intrusos perjudiciales, los que por influencias ó por dinero—y se han dado casos—reciben

un título de médico, abogado, ingeniero, etcétera, etc., sin merecerlo en justicia por no haber sacado de sus estudios el fruto necesario al ejercicio de tan respetables ministerios. Semejante intrusión priva de la vida á muchas personas ántes de tiempo, hace de la ley un sarcasmo y de la justicia una arbitrariedad, es causa á cada momento del hundimiento de un puente, de la explosion de una caldera de vapor, del derrumbamiento de un edificio y de otros innumerables males que minan y aniquilan brutalmente la salud del Estado, y cuya enumeracion, al alcance del lector discreto, seria prolija.

¡Y todo por ese pecado capital de nuestros tiempos, que se llama osadía y arrastra á tantos hombres á invadir el campo ajeno!

La osadía de los unos sólo vive á costa de la debilidad de los otros: el dia en que concluya la debilidad, se habrán acabado los intrusos.

